

van a quedar en una noche triste y oscura: veo tres pajarillos, de los cuales dos se retiran a su nido, sin atender al reclamo del tercero que queda solo en la campaña. He aquí las consecuencias del amor con una mujer ajena. Recorro la naturaleza, y no hay cosa que no me desaliente. No hay otro remedio digo, que la ausencia; la emprendo ¡pero que mal se cumplen los propósitos cuando el espíritu ha perdido su equilibrio!

Solicito un pretexto para verte de nuevo. ¡Instante fatal! Yo no puedo amarte ajena, ni puedo dejar de amarte. ¿Qué haré? Tus talentos me lo enseñarán, pues los pocos míos ya no existen. No dejo de verte hoy por excusa, es por tí misma. El domingo estaré en Miraflores, pero sin hacer novedad en el lugar de mi hospedaje. Lo contrario sería un motivo de conversación agria, y de la crítica de los mismos tuyos.

En que parará esta tercera escena.

NOTA: Esta mujer fue en otro tiempo amada: la política me obligó posteriormente a cierta condescendencia.

SOBRE EL TALENTO DE LAS AMERICANAS

Amigo mío:

El talento de las mujeres americanas, es una de sus mayores perfecciones. Ha leído usted lo que sintió del sexo en general Juan Jacobo Rousseau en la carta de D'Alembert sobre el teatro de Ginebra. En cuanto a las nuestras algo dijo el Abad Raynal. Yo les hallo alma, espíritu, genio, juego y demostración en las conversaciones familiares, y principalmente cuando escriben. Es por esto que a mis cartas he unido varias escritas por dos jóvenes, la una casada y la otra soltera. La primera que ha tenido una educación completa, y ha viajado en la Europa: la segunda sin enseñanza ni modelos. Mi voto no puede ser justo porque es parcial. A la una la respeto, a la otra la amo. De ambas he recibido pruebas que convienen con los billetes. ¿Pero yo tengo dos corazones?

NOTA: Faltan las cartas porque me las hizo romper mi confesor ¡Que el hombre tenga ciertos momentos de locura!

RECONVENCION A MI AMADA

Noche del 15.

Leo muchas veces tu carta, reconozco tu letra, advierto la igualdad del estilo y sentimientos, y aún dudo si tu puño formó los caracteres, o si

formándolos fue una obra del entretenimiento, o una política en la necesidad de la respuesta. Después de ciento veinte y nueve días que hacen en esta fecha que unidas nuestras almas aún más que nuestros cuerpos, nos juramos un verdadero matrimonio en el eterno enlace de nuestros corazones; yo no supe de tí, sino por una esquila única llena de hielo y puedo decir que de indiferencia. Te dejé en las puertas del templo. Jamás a la Deidad se le hizo sacrificio ni más digno, ni más costoso. No tembló el brazo de Abraham al ir a derribar el cuello de su hijo, como mis labios y mi pluma al escribir la renuncia que hacía de tu belleza por respeto al honor y religión. ¡Momento terrible! Amar y obligarse a no poseer, o es heroísmo, o es locura, o es el último grado de piedad. Se estremece el hombre sensible cuando lee en el poema de la Julia el permiso de su amante para que proceda a un nuevo vínculo elegido por su padre. Se conoce que es ficción, pero ella es de tanta entidad que espanta aun siendo una sombra. ¿Qué será la realidad de un divorcio, cuando no éramos constituídos en aquella doble impotencia en que estuvieron Eloísa y Abelardo? Amada mía, yo sentí todo el peso de mi desgracia, y el público es testigo que perdí el color, enflaquecí con exceso, se arruinó mi salud, me negué a visitas y tertulias, y estuve esperando el instante último de mi trágica vida.

Yo ví en el campo un ruiseñor que cantaba con repetición y cierta especie de tristeza. Reparé que volaba impaciente de un lugar a otro, sin hallar sosiego, llega al nido, y vuelve a salir redoblando sus gorjeos. ¿Has perdido, le dije, tierno pajarillo a tu amante? ¿Te ha sido infiel? ¿Habita con tu rival en otros ramos? Te diré que al hacerle esta pregunta, quedé inmóvil por algunos minutos, bañando mi cara lágrimas que salieron sin sentirlas. Si te lo confieso, no es debilidad, y si lo es, ella tiene ejemplos que me disculpan. Antonio, uno de los tres señores del mundo, pierde la vida y el imperio por la infiel Cleopatra. ¿Qué es de admirar que un magistrado en las cercanías de la vejez, adore a la mujer más hermosa de la América? ¡Vosotros mortales, sujetos a pasiones como yo, vedla y decidme, si fue más digna del culto la hija de las aguas!

Sin tí nada podía divertirme. De la tristeza paso al furor, y por intervalos mis acciones manifiestan la disminución de mi juicio. ¡Pero qué contrastes! Mis amigos y llegados ya dudan que restaure la salud. Llega a mis oídos el susurro de sus conversaciones, y ciertas palabras sueltas me dan a entender la gravedad de mi accidente. Al mismo tiempo se me avisa que te hallas en los circos, paseos, y en el cúmulo de la alegría. Si: sí: yo te ví alguna vez con los adornos con que asistes a las diversiones públicas; supe después lo satisfecha que estuviste con ellas. Tengo noticia de tus conversaciones, de tus pasos, de tus secretos pensamientos. No regalaste una flor sin que la noticia llegase a mí en el mismo día. ¿Es ésta tu correspondencia? ¿Son estos tus juramentos? ¿Has guardado los religiosos pac-

tos que celebramos en nuestra separación? Yo vivo... Religión santa, tu únicamente me mantienes.

Cuando me resolví a no ser amante, retuve el título de amigo. Purifiqué mis afectos para hacer más duradera mi pasión. No me contentaba con amarte en la tierra, quería que mi amor se perpetuase en el empíreo. Me abstenia de gozar para gozar siempre. Avaro de amor, no me atrevía a gastarlo, por no perderlo. El fuego mismo en que ardía abrazó todo lo impuro, dejando una casta llama en la amistad sincera que no desaprueba el Evangelio. Si quieres que ésta permanezca, olvidaré mis quejas. Proporciona con prudencia y con talento, modo de que nos veamos algunas veces. Así recobraré el gusto y la salud, y podré decir que tengo en la tierra el mayor de los bienes. Si no lo haces, no aumentes con tus cartas los tormentos. Consagraré mis tristes días a la pena, a la angustia y al dolor.

OBSERVACIONES SOBRE EL GOBIERNO DE INGLATERRA

Entre las noticias de Inglaterra por la Jamaica se avisa que hubo un tumulto en Londres. El príncipe regente fue insultado, y libertó la vida por la agilidad de sus caballos. Le tiraron diversos tiros, y mancharon su carroza con materias inmundas. Se pusieron las tropas sobre las armas, y el palacio estuvo sostenido por cañones. Se dice que el hambre y el atraso del comercio tiene al pueblo en desesperación.

He oído hablar aun a los literatos con asombro sobre el suceso. Se figuran que éstas son cosas nunca oídas, y que está muy próximo el juicio final. Todavía la ilustración no tiene aquel grado, que yo apeteciera para mis compatriotas. Ignoran la historia de los pueblos, y sin ella no pueden dar un paso seguro en los negocios políticos. Lo que hoy tanto les admira es lo que hicieron con Jorge III y la reina en mil setecientos noventa y seis, al salir del teatro de Drury Lane. Los insultó el populacho, les quebró los vidrios de la carroza a pedradas, y les tiró con lodo. Este suceso tan reciente se ha ignorado, pues no pudo olvidarse tan pronto. Lo creo: en ese año no se cuenta que llegase a la América, ni el ruido de acaecimientos contrarios a la divinidad de los reyes. No debíamos saber que eran hombres, y podían ser batidos por otros de igual naturaleza. ¿Pero no supimos poco antes la muerte de Luis XVI? Es verdad. Este suceso no fue posible el ocultarlo. Por lo menos no se consentía hablar sobre esas materias, ni tratar de los franceses, sino como de unos sacrílegos deicidas.

Han sido los ingleses los más celosos defensores de su libertad. Decía por eso Guillermo III, que él era *statouderat* en Londres y rey en las